

LA BELLEZA DE NUESTRO TIEMPO

El esfuerzo por buscar la belleza, la capacidad innata de percibir y gustar de lo bello, son características propias de todo ser humano. En todos los tiempos y culturas, aún aquellas más primitivas e incipientes, se puede percibir una gran importancia por todo lo que comporta la hermosura en su sentido más hondo. La misión propia que el hombre ha recibido es la de dar vida y sentido al universo material como así también percibir formalmente y en sí misma la belleza sensible del mundo y referirla a la belleza espiritual e infinita de Dios creador. Esto último es lo que deja ver el pensador argentino Ismael Quiles cuando habla del hombre como rey, sacerdote y poeta de la creación,¹ cuyos conceptos se abordarán más adelante.

Se puede observar que en nuestro tiempo la cultura está signada por una pérdida progresiva del sentido de lo bello en su mayor esplendor, disfrazando de hermosura aquello que esencialmente carece de ella, tal vez esto pueda explicarse desde la perspectiva en que se considera al bien y la verdad como una utopía inalcanzable y por consiguiente se pierde la capacidad de admiración por la conquista de lo verdadero y bueno y por consiguiente se dilapida el deseo de contemplar lo bello.

Se revela de esta forma una época en la que se prefiere buscar la belleza en lo sensual y placentero a primera instancia para constatar con pena más tarde que aquello que se busca no se encuentra. Se busca casi irracionalmente con tal infamia que se nos ofrece la hermosura mediante la perversión de la materia. En este sentido podemos llegar a afirmar que asistimos a un tiempo donde *el arte detesta el arte porque no sabe hacerlo* y no es, en gran medida, aquella expresión que le permita al hombre comprender el sentido de la vida humana y contemplar el misterio.

La admiración, el asombro, la capacidad de conmoverse ante las situaciones cotidianas, el gusto por los nuevos hallazgos son elementos que se van dejando en el sendero sin mayor remordimiento. Nuestra época no se caracteriza por el amor y fidelidad a la verdad ni por la búsqueda sincera del bien.

Es preciso retomar y recuperar el camino del bien y la verdad como vías privilegiadas para el encuentro con Dios, y el sendero más oportuno para lograr esto es el de la belleza, que en su contemplación llevará a los hombres a descubrir que ante lo sagrado de la vida y de lo humano, ante lo grande de la creación, la cualidad adecuada es el asombro.

¹ Quiles Ismael, *La persona humana, fundamentos psicológicos y metafísicos. Aplicaciones sociales*, pag.297 – 230.

En esta línea de pensamiento encontramos la expresión del gran Juan Pablo II que decía que los hombres de hoy y de mañana tienen necesidad del entusiasmo y del asombro para afrontar y superar los desafíos cruciales que se avistan en el horizonte. Gracias a ello la humanidad, después de cada momento de extravío, podrá ponerse en pie y reanudar su camino. Precisamente en este sentido se ha dicho, con profunda intuición, que «la belleza salvará al mundo»².

Asistimos a un tiempo de desorientación, signado por la idea de buscar la belleza pura en la realidad material, contingente y temporal de las cosas sin una mirada reflexiva, porque en la era de la inmediatez no hay lugar para la reflexión profunda que lleve al hombre a encontrar aquella hermosura que trasciende a las categorías de lo puramente sensible.

Ante esta situación que se puede denominar caótica o al menos confusa y desorganizada, es menester clarificar la noción y el sentido de la belleza y la vigencia que tienen la concepción de Santo Tomás de Aquino en nuestra época. El *pulchrum* debe ser retomado y expresado en su mayor y más profundo significado para brindarles a los hombres de hoy aquel instrumento que les permita recuperar la capacidad de admirarse, de contemplar, de gustar la vida y soñar con el futuro abriendo el alma al sentido de lo trascendente y eterno.

Por medio de la materia el hombre llena el sentido trascendente de la creación.

Esta expresión del padre Quiles nos permite hacer un análisis de la mutua necesidad que el hombre y el universo material tienen entre sí, puesto que aquello que le hará conseguir la verdadera finalidad al mundo material no es otra que una inteligencia humana capaz de admirar, gozar y descubrir el resplandor de la belleza en la contemplación de las cosas sensibles.

El hombre necesita sin duda del mundo para desarrollar su existencia, de la misma manera podemos afirmar que el mundo material necesita, a su vez, del hombre en cuya existencia personal espíritu y materia se hallan entrelazados íntimamente. El hombre da sentido al mundo y el mundo le da también sentido al hombre. Como sabemos el mundo participa del fin general de toda la creación, por lo tanto debe servir para la manifestación de la gloria divina y contribuir a ella. Esta manifestación de la gloria divina la cumplirá el mundo, no con una expresión o reconocimiento intelectual de las perfecciones divinas, ya que es incapaz de ello, sino desplegando en sí con sus bellezas y perfecciones un destello de la belleza infinita de Dios. Los cielos proclaman la gloria de Dios con su grandeza y con su armonía. La tierra con la belleza de sus paisajes, con el color de las flores, con las maravillas

² Juan Pablo II “Carta a los artistas” n° 25.

de la naturaleza física y de la vida vegetal y animal y con la armonía de su desarrollo y evolución material.³

Pero todo esto sería una glorificación material. Si no hay un espíritu, una inteligencia que lo conozca, lo goce y lo admire y sepa ver en ello el resplandor de la belleza divina, y atribuir esa gloria en último término a Dios mismo, el mundo material no ha conseguido su verdadera finalidad.

El hombre es el único ser de la creación que puede “desde adentro” admirar, gozar y vivir las bellezas del mundo material y referirlas a Dios.

El padre Quiles afirma la certeza de que cualquier espíritu puede tener conocimiento de lo que son las perfecciones y bellezas materiales y referirlas a Dios. Pero debe ser un conocimiento puro, abstracto y teórico, no un conocimiento vivido. Porque ni los ángeles ni el mismo Dios pueden vivir el conocimiento necesario por la percepción inmediata y propia de la belleza de las flores o del sabor de los manjares o de la armonía de la música. Un puro espíritu puede tener un conocimiento teórico de lo que es el *Moisés* de Miguel Ángel o una sonata de Beethoven. Pero no tiene ojos para recibir la sensación apasionante del conjunto de las líneas del *Moisés* ni tiene oídos para recibir la impresión de las armonías de la sonata. Extendamos esta comparación a la belleza del paisaje, a la inmensidad de los cielos, a las maravillas de la vida, y en general a todas las perfecciones y belleza que los seres materiales encierran. Cuando los santos se extasiaban ante las maravillas del mundo sensible y admiraban, a través de ellas, el resplandor de la divinidad, ejercían una función esencialmente humana, una función que sólo la persona humana es capaz de realizar. Suprimamos al hombre, que puede con los ojos admirar las formas exteriores y percibir los sonidos de una melodía o la suavidad de una superficie o de una forma; imaginemos una creación sensible, sin un ser dotado de ojos, de oídos y de tacto, pero a la vez de inteligencia para poder admirar, en forma reflexiva, las perfecciones del mundo material, y éste quedará reducido a un desierto oscuro y sin luz. En eterno silencio y muerte, como un palacio deshabitado desde muchos siglos.⁴

Por esto es necesario que el mundo recupere esta capacidad de extasiarse ante el gran milagro de la creación sensible para que ésta pueda referirle a su vez el gran misterio de un Dios escondido pero presente en la vida de los hombres.

³ Quiles Ismael, *La persona humana, fundamentos psicológicos y metafísicos. Aplicaciones sociales*, pps. .297 – 230.

⁴ Íd. pps.297–230.

Aquello que tanto el mundo material como el hombre buscan como fin último de su existencia estará dado sin lugar a duda por la contemplación de la belleza; precisamente en este punto es donde se puede afirmar que belleza y bien se identifican y van juntos puesto que la belleza es en un cierto sentido *la expresión visible del bien*, así como el bien es *la condición metafísica de la belleza*. Esto lo comprendieron acertadamente los griegos que, uniendo los dos conceptos, acuñaron una palabra que comprende a ambos: «*kalokagathia*», es decir «*belleza-bondad*». ⁵ Platón decía que bello es lo que todo el mundo desea; ⁶ pero esto es fin último, y se identifican “pulchrum” y “bonum”. Lo bello como último fin es “una visión admirable”, que puede gozarse pero no puede describirse, porque no hay palabras.

La belleza como esplendor de bondad y como aquello que agrada a la vista, es la clave para salvaguardar a la humanidad.

“Pulcra dicuntur quae visa placent”. Esta será la primera enunciación que el maestro angélico recalcará acerca de la belleza, la misma guiará esta labor que pretende revalorizar el concepto de la belleza en el contexto de las sociedades actuales, pero resultaría insuficiente si se deja de lado las tres categorías de lo bello que propone el aquinate, vale decir, integridad o perfección; debida proporción y armonía, y finalmente la claridad; estas establecen las condiciones para que algo pueda ser denominado bello⁷.

Mientras que la búsqueda del bien pertenece a la voluntad, la búsqueda de la belleza es algo propio de la facultad de razonar. Así lo expresa santo Tomás: “Lo bello se refiere al poder cognoscitivo, porque se llama bello aquello cuya vista complace... de donde lo bello consiste en la debida proporción... y como el conocimiento se hace por asimilación, y la semejanza se basa en la forma, lo bello propiamente pertenece a la razón de causa formal”⁸.

El maestro angélico sostiene una equidad entre lo bello y lo bueno aludiendo a la diferencia por la facultad con que son apetecidas las cosas, pues bien, lo bueno es aquello que se **quiere** en razón de aquietar el apetito, mientras que lo bello es aquello que se **conoce** para aquietar el apetito. En este sentido sostendrá que los sentidos de la vista y el oído sirven a la razón para la aprehensión de lo bello cuya delectación nos complace⁹.

⁵ Juan Pablo II “Carta a los artistas” n° 24.

⁶ PLATÓN, Hippias mayor, 298.

⁷ Santo Tomás de Aquino, S.Th. 1, 39, 8.

⁸ Íd. 1, 5, 4 ad 1.

⁹ Cfr. Santo Tomás de Aquino S.Th. 1-2, 1 ad 3.

Avanzando un poco más en la relación entre bueno y bello expone: “Bello y bueno son lo mismo en un determinado sujeto, porque se fundan en una misma realidad, que es la forma; y por esto lo bueno es alabado como bello”. “Bello es lo mismo que bueno, diferente por sólo la razón”¹⁰.

La belleza será por tanto objetiva y formal, las cosas serán bellas en cuanto el hombre pueda verlas y sentir un placer intelectual que lo conmueva y lo colme, ya que sólo con la razón se podrá tener una idea clara y entender la belleza.

Santo Tomás habla de tres condiciones para que se dé la belleza:

Integridad o perfección (integritas sive perfectio):

Esta idea procede de Aristóteles y significa que en un objeto o sujeto se dan propiedades de forma efectiva. Las cosas rotas, deterioradas o incompletas, son feas porque se ve afectada su forma.

Para el aquinate lo íntegro es lo que no tiene defecto alguno, no carece de ninguna de las partes que lo componen, está libre de mutilaciones. Esto implica perfección, en cuanto perfecto es aquello a que nada le falta de lo que debe tener por naturaleza. Es así que se encuentran en el universo seres concretos que resultan bellos porque poseen la integridad necesaria de acuerdo a su esencia.

El sentido más pleno de integridad en el pensamiento tomista se completa con el recurso a la perfección admitiendo que “es íntegro aquello que es perfecto” «Lo perfecto es aquello a lo cual nada le falta conforme al modo de su perfección»¹¹.

Proporción (debita proportio sive consonantia):

Esta noción es también aristotélica. Se refiere por un lado a la relación entre las partes del objeto mismo, las cuales deben estar de acuerdo unas con otras, y por otro lado, a la relación del objeto con el espectador el cual ha de captar la armonía del objeto.

En la doctrina tomista el orden y la proporción son bellos y útiles, mientras que el desorden y la desproporción son inútiles y feos. La proporción añade sobre la integridad la conveniencia entre los componentes de un ser y lo bello requiere esta conveniencia.

Además dentro del concepto de proporción, el doctor angélico distinguirá tres elementos fundamentales que hacen que un objeto sea proporcionado en sus partes y por lo

¹⁰ íd.

¹¹ Santo Tomás de Aquino S.Th.1, 4, 1.

mismo que tenga belleza. Dichos elementos son la simetría, la armonía o consonancia y el ritmo cuyos conceptos se definirán brevemente para una mejor comprensión de la idea de proporción.

Simetría se dice de la medida exacta de los elementos, bastaría sólo una primera mirada para poder comprender un todo simétrico e indicar en él cada una de sus partes. Lo bello exige esta disposición ajustada de las partes.

Armonía: se refiere al acorde simultáneo de los sonidos, en el universo y en cada uno de los seres se da una armonía cuando más allá de sus diferencias se rigen por un principio común que los unifica. La belleza implica cadencia entre las partes de un todo.

Ritmo: es el movimiento ordenado en la sucesión de los sonidos con unidad de tiempo y acentuación. Se aplica particularmente al ámbito de la música y a lo que de ella deriva. Con el examen de estos conceptos santo Tomás explicará que la proporción es un nuevo elemento de la belleza categorial, mediante ella, el ser se manifiesta, puede ser percibido, intuido de un modo agradable. Ya no sólo dice, como la integridad, carencia de defectos o perfección de partes, sino además aptitud y conveniente disposición para ser contemplado¹².

Claridad o luminosidad (claritas):

Esta noción se relaciona con Platón y la tradición neoplatónica medieval. Habla de la luz como símbolo de belleza y verdades divinas. La claridad será el resplandor de la forma que se difunde por las partes proporcionadas de la materia y se verá por la vista y la razón.

La claridad será para el doctor angélico un factor principal de la belleza que la entiende en relación a la luz y al sentido de la vista. La luz es la que clarifica y por lo mismo la belleza será resultante de ésta, mientras que el sentido de la vista es el que percibe el color de los cuerpos, y por el color, su belleza.

Aunque la luz sea algo externo a los objetos, al iluminarlos les proporciona nitidez y claridad y los hace susceptibles de ser contemplados, y por esto entiende el santo la claridad es un elemento constitutivo de la belleza de los cuerpos.

La claridad es un elemento de belleza. Porque toda forma, por la cual la cosa es lo que es, es cierta participación de la claridad divina. "Todas las cosas son bellas según la propia

¹² Lobato Abelardo, "Los tres elementos de la belleza categorial", *e-aquinas*, año 4, 2006, pps. 20-31.

razón", es decir, según la propia forma; de donde resulta evidente que el ser de todo lo que existe deriva de la belleza divina»¹³.

De este modo, la claridad comprende los dos elementos anteriores, vale decir la integridad y la proporción en cuanto que los supone y los subordina a su influjo. La claridad es el esplendor de la forma sobre ellos.

La integridad, proporción y claridad no son elementos desconectados entre sí, sino que están íntimamente entrelazados e implicados para constituir lo bello. Se distinguen el uno de los otros, pero no se dan por separado puesto se significan mutuamente en razón de la belleza. Cuando el espectador se sitúa frente a la obra de arte, podrá considerarla bella en razón de que la misma no carece de nada, es decir es completa, presenta la debida proporción en cada una de sus partes y está dotada de aquella claridad que le da esplendor. Esta conjunción de elementos en la obra artística hará que dicho espectador se deleite en la contemplación puesto que aquello que percibe visualmente le agrada.

Lo bello concreto implica pluralidad de elementos, distinción y desigualdad de los mismos, por cuanto es compuesto; e incluye un principio de orden, cierta conveniencia entre las partes y una relación de estas entre sí y con el todo¹⁴.

Concluirá santo Tomás este apartado afirmando que son bellos todos los objetos en la medida que son, y se manifiestan íntegros, proporcionados, llenos de claridad.

La exposición de los conceptos tomistas acerca de la realidad de lo bello ha de alentarnos a despertar en el mundo la capacidad contemplativa adormecida las más de las veces por la cultura de la inmediatez que no deja al hombre detenerse ante la hermosura del universo. Hemos dejado ofuscar el deseo innato de disfrutar la beldad de las cosas, hemos dejado que el caos se apodere de nuestras relaciones humanas y de nuestra relación con el universo, basta alzar la mirada y constatar empíricamente esta realidad. Los vínculos humanos se tornan precarios en una sociedad individualista y privatizada, marcada por el carácter transitorio y volátil de sus relaciones.

La noche se ha venido encima y es duro caminar a oscuras; pero la belleza dada y querida por Dios será la columna de luz a cuyo resplendor podremos caminar la noche entera. Es imperioso volver al orden truncado por el caos para que el legítimo apetito de los hombres se sacie en la fruición de todo aquello que según el relato de la creación, Dios vio que era bueno¹⁵.

¹³ Santo Tomás de Aquino, *De Divinis Nominibus*, c. 4, lect. 5, n. 349.

¹⁴ Santo Tomás de Aquino, *De Divinis Nominibus*, c. 4, lect. I, n. 283-285.

La vida será bella cuando nos paremos frente a ella y la contemplemos sin más, con el ánimo de la contemplación silenciosa que remite al misterio más pleno y más profundo de las criaturas reflejo del misterio insondable del creador.

El mundo necesita volver a contemplar, dejar de lado lo puramente instantáneo y detenerse ante las maravillas de la creación. Sólo así renacerá la esperanza de gustar y soñar con lo simple, con aquello que llena el alma porque la satisface. En el tiempo del caos social es momento de retornar al orden de la belleza, a descubrir y redescubrir el valor de la hermosura en el mundo. El arte contemporáneo debe preocuparse por volver a encontrar su mismidad, es decir, ser una expresión diáfana de la belleza y la verdad.

Que la Santísima Virgen María “la toda Bella” se haga compañera del camino de los hombres de hoy y nos conduzca al esplendor de la Verdad cuya contemplación hará reposar nuestras pasiones agitadas y nuestros sueños imposibles.

Daniel Iván Sánchez Llanos

¹⁵ Gn.1,25